Barrio Comparsa:

Vamos a jugar a ser una comparsa de la alegría

1991, Medellín ardía: con 6.809 personas asesinadas fuimos nombrados como “La ciudad más violenta del mundo”, numerosos eran los titulares de prensa que advertían la situación: “conmoción por matanza”, “año de violencia espantosa”, y así cada vez se hicieron más frecuentes y cotidianas otras palabras como “secuestro” “masacre” “bombas”. Lentamente veíamos cómo el horror, el miedo y el control se apoderaban de nuestras comunidades, casas y cuerpos.

En los barrios, las fronteras, aunque invisibles, marcaban el ritmo y el destino de sus habitantes, ¡ni un solo cuerpo puede ser sin autorización! ¿Y ante esto qué hacer?, ¿cómo salir vivo de una guerra que no se había elegido?, el murmullo empezó a hacerse, primero lo susurraron los niños, como si no se dieran cuenta de que no estaban en el país de las maravillas sino en la ciudad de la eterna sufridera: “¿Vamos a jugar?” preguntaron a Metrallín, que los calló con su mirada fulminante.

Luego, el chispazo de una fogata amenazada a desaparecer rugió: “¡Vamos a jugar!”, se escuchó entonces el grito de la alegría.
Las calles del silencio fueron atravesadas por la comparsa, los zancos, el baile, los tambores, el color, el abrazo, el refugio, el amor. Los callejones de la oscuridad y el miedo fueron atravesados por lo que en algún momento Galeano llamó “un mar de fueguitos”.
Lo que al principio se pensó como una actividad de unos días, o meses, se convirtió en el sentido de nuestro accionar como artistas en la ciudad, y nunca paramos: la comparsa se volvió nuestro andar en la vida, nuestra música. No queríamos, ni queremos el arte de galería, enclaustrado para el disfrute de unxs pocxs, llegamos para posicionar la alegría y el juego como un bien común.

Del entendimiento de la calle como la casa grande de la cultura, como el escenario que buscamos habitar y recuperar, surgió Barrio Comparsa, una Corporación lúdico, artístico, ambiental, que recogió a varios artistas y líderes culturales de la ciudad y de los entornos rurales. Para llevar a cabo un programa por la alegría, por la vida, la resistencia y la no violencia. Múltiples han sido los pasos de este gran baile: fuimos luz cuando la horrible noche no cesaba, custodiamos la alegría cuando la querían matar, fuimos refugio en esta tierra de nadie, actuamos como el guayacán: planeación silenciosa, sutil y de repente ¡Plof!, ¡Estalla la alegría! Y aunque no hemos dejado de ser todo esto, es momento de empezar a contarle a la ciudad que los muchachos tomaron los tambores, los abrazos, el teatro, la comparsa, para hacerle frente a la violencia…

¡Después de tantos años saltando en zancos, es momento de sentarnos a organizar el archivo comunitario!

Reconocemos en esta construcción de memoria histórica la potencia de nombrarnos con nuestra propia voz, a narrarnos desde nuestras experiencias, vivencias y afectos, a contar la ciudad y las comunidades con las huellas de nuestros pies y el calor de nuestros abrazos. Le ponemos un pare a la estrategia de silenciamiento a las organizaciones sociales que durante tanto tiempo fueron el pan de cada día.

Hacer realidad el Museo de la Alegría, posibilita mostrar la otra Medellín, la de la resistencia, la de la resiliencia por medio del arte, la cultura y la educación popular, la de otros referentes para los niños y jóvenes, para trascender del relato de esta ciudad como la de la narco cultura y la violencia.

Gestionar y organizar nuestro archivo ayuda a saldar la deuda generacional, le cuenta a los más jóvenes, cómo es que hemos hecho, y cómo queremos seguir haciendo, da perspectiva histórica. Además de cerrar algunas heridas que entre alegría y alegría se nos han ido abriendo.
Hoy reconocemos la vitalidad de un archivo vivo, que habla, demanda, conmueve, transforma.

Queremos un archivo que nos recuerde, a la mejor manera de Dalton, que la comparsa es como el pan, de todos y todas.